

Las ideas pedagógicas de Juan Jacobo Rousseau y el concepto funcional de la infancia

Qué es un niño? Para qué sirve la infancia? He aquí unas preguntas de apariencia un tanto extrañas; y se comprende que no se hayan presentado muy netas al espíritu en el tiempo en que se tenía el hábito de considerar los seres vivientes como los inmutables representantes de los tipos naturales. Seguramente, pensarían entonces, para que los individuos lleguen á su estado perfecto deben recorrer un trayecto desde su punto de partida hasta su punto de llegada; este trayecto constituye la infancia. Desde luego preguntarse para qué sirve la infancia es un absurdo: sirve para algo el trayecto que recorre la flecha? La revolución que ha traído, no solamente á las ciencias naturales sino también á nuestro modo de pensar, la teoría evolucionista, hace que no rechacemos, sino que, por el contrario, que meditemos. Habitados, como estamos, á considerar que en la lucha por la existencia ha desaparecido implacablemente todo lo que pudiera ser desventajoso á la especie, nos preguntamos con sorpresa: cómo en período tan mal adaptado á las necesidades de la vida ambiente como el período de la infancia, no solamente no se ha suprimido sino que se ha desarrollado constantemente, de tal suerte que las especies más elevadas de la escala animal, son las que presentan una infancia más prolongada? «Considerando la infancia en sí misma, hay en el mundo un ser más débil, más á merced de todo lo que lo rodea, que «tenga tan grande necesidad de piedad, de amor, de protección, «que un niño?» Si la naturaleza ha protegido este estado tan precario, haciendo nacer instintos capaces de asegurar su prolongación, como los instintos maternos, es, sin duda alguna, porque este período es útil al individuo y á la especie. El americano John Fishe aseguraba, en 1874 y en 1895, que la infancia es útil al individuo por ser un período de gran plasticidad, eminentemente favorable al desarrollo de las funciones físicas y mentales. Karl Groos, en 1896 ha completado (sin conocerla) esta teoría, señalando la importancia que tenía el juego para el desarrollo de los animales y ha considerado la infancia como un período que sirviera al juego de las aptitudes que sería más tarde necesarias al adulto. J. J. Rousseau se había apercebido muy bien de todo esto, y fué ciertamente

el primero á quien haya preocupado el por qué de la infancia y ha dado al mismo tiempo, una respuesta tan satisfactoria, que las que se proponen hoy día no hacen sino precisar, desarrollar, gracias á las luces nuevas de la ciencia contemporánea, el esbozo que con una extraordinaria intuición de genio, había trazado con mano tan segura. «Se quejan de la infancia; no ven que la raza hubiera pe-
«recido si el hombre no hubiera comenzado por ser niño». Y esta declaración no es una simple observación hecha incidentalmente; figura en la primera página del Emilio, y sobre ella y sobre otras análogas reposa todo su sistema educativo. «Sin el estado de la infancia la raza hubiera desaparecido»; esta simple observación de apariencia tan pacífica es la causa, sin embargo, de toda la revolución que el Emilio va á desencadenar en el mundo de la pedagogía, porque suscita en seguida una cuestión que lleva muy lejos. Si la raza hubiera perecido sin el estadio de la infancia, es porque la infancia es útil; la infancia no es entonces un período de transición que es preciso corregir cuanto antes? La infancia sería entonces, un bien y no un mal necesario? Rousseau da á estas preguntas excelentes respuestas: «Si el hombre naciera grande y fuerte, su talla y su fuerza le serían inútiles hasta que hubiera aprendido á servirse de ellas y le serían perjudiciales, impidiendo que los otros pensaran en cuidarlo, y abandonado de sí mismo moriría de miseria antes de haber conocido sus necesidades». En un principio esto parece una paradoja audaz. ¿Cómo si el hombre nacía fuerte, moriría por no haberse dejado atender y cuidar? Absurdo! que si el hombre nacía fuerte no tendría necesidad de estos cuidados, y se comprende que tales explicaciones no hayan entrado fácilmente en la conciencia de sus lectores de antes y de hoy. Sin embargo, el razonamiento es justo: «Supongamos que un niño tuviera en la época de su nacimiento una estatura y la fuerza de un hombre hecho; este hombre-niño sería un perfecto imbécil, un autómatas, una estatua inmoral y casi inservible; no vería nada, no oiría nada. Este hombre formado de repente no sabría tampoco erguirse sobre sus pies y necesitaría mucho tiempo para saber mantenerse en equilibrio».

Rousseau distingue muy bien estos dos aspectos del organismo, lo que nosotros llamamos la estructura y la función.

No basta tener los órganos, es necesario saber servirse de ellos y cuanto más desarrollados son estos órganos, más preciso y delicado es el trabajo que se les encomienda y más largo debe ser el período necesario á hacerlos capaces de ejecutarlo. Por otra parte, la función es una de las condiciones de formación de la estructura: estos dos aspectos son inseparables, la observación lo demuestra, y Rousseau lo manifiesta de una manera pintoresca. El desarrollo implica para Rousseau, como para los biólogos de hoy día, un estímulo, un ejercicio constante de los órganos que deben desarrollarse. La naturaleza así lo quiere y el período reservado por ella á este ejercicio es la infancia.

Es necesario, pues, «respetar la infancia», dejar libre curso á sus movimientos impetuosos y es un error creer que deben ser

reprimidos: «Dejad largo tiempo obrar la naturaleza, antes de meteros á obrar en su lugar, por temor de contrariar sus obras. Lo que parece al pedante tiempo perdido es en realidad tiempo ganado. No se cuenta para nada el ser dichoso? No se cuenta para nada reír, saltar, jugar todo el día? Si la infancia es útil es necesario dedicar al niño una consideración particular; ya no es como se creía un ser imperfecto que se trataba de perfeccionar y completar según el modelo dado por el hombre adulto. El punto de vista cambia completamente: el niño tiene también una vida, su vida, y esta vida tiene el derecho de vivir feliz. Henos bien lejos de la concepción común. Siendo mi propósito mostrar cuán fielmente la manera de ver de Rousseau está de acuerdo con la concepción de la infancia que se impone hoy á los biólogos y psicólogos, es necesario remontar á las fuentes de su origen. La teoría evolucionista en primer término. Citada ya la memoria poco conocida de Fishe y la de Karl Groos, sería necesario mencionar los numerosos trabajos que bajo la influencia de la famosa ley biogenética han conducido á Spencer y sobre todo á Stanley Hall y sus discípulos á encarar la infancia como un período de recapitulación ancestral, recapitulación por otra parte necesaria, indispensable á la formación del adulto. Partiendo de otro punto de vista la escuela pragmática con W. James, J. Dewey, I. Ding, considera la actividad humana bajo el ángulo de la psicología funcional ó dinámica que se opone á la psicología estática, estructural. El punto de vista funcional consiste en buscar, no solamente en virtud de qué mecanismo un hombre ó un niño se comporta de tal ó cual manera, sino el por qué de la acción que ejecuta. Aplicado al niño este método funcional, nos hace interpretar sus actos, nó refiriéndolos á una medida extraña á su mentalidad propia sino á las necesidades que tiene por objeto satisfacer. Para darse cuenta de estas necesidades es indispensable ponerse á su nivel, considerar su vida en ella misma como un todo autónomo. Los pragmatistas han venido á acordar á la infancia una atención especial, rechazando la opinión de los que se obstinaban en comparar los procesos mentales del niño á los del adulto, que tomaban por norma reduciendo la infancia á un estado de imperfección que no merece hacerlo objeto de una ciencia. Es interesante hacer notar que el evolucionismo y el pragmatismo, cuyos métodos son hasta cierto punto opuestos, (puesto que uno considera al niño en la raza y el otro lo encara en sí mismo) llegan, sin embargo, á conclusiones idénticas sobre la importancia funcional y la autonomía de la vida infantil. Los educadores, por su lado, al menos los que observan y reflexionan, han arribado por vías muy diferentes al mismo punto que los biogenetistas y los pragmatistas. La ineficacia desoladora de los métodos escolares usuales, que no pueden obtener nada de los niños sin constreñirlos, que no llegan á otra cosa que á sobrecargar la memoria sin hacer nada por el desarrollo moral é intelectual; el hecho que la difusión de la instrucción no disminuye la criminalidad; una especie de intuición de las necesidades psicológicas, todo esto les ha llevado al convencimiento de que erraban

el camino empleando métodos que no alcanzaban al niño, sino exteriormente, y que sería preferible poner en juego su actividad misma á fin de que su desarrollo sea más libre y más espontáneo. Si fueran necesarios nombres para ilustrar este movimiento neopedagógico, podríamos citar muchos. Diversos autores de todos los países han expresado de una manera más ó menos consciente, más ó menos neta, más ó menos profunda, una concepción funcional de la educación, que implica una concepción funcional de la infancia. El propósito de estas páginas es probar que genetistas, pragmáticos y neo-educadores, tuvieron por antecesor común á Juan Jacobo Rousseau. Es interesante constatar que las principales afirmaciones á que ha conducido la ciencia del niño bajo su forma más reciente, se hallan todas netamente expresadas en el Emilio de Rousseau. Para abreviar se las expresa por fórmulas, á las cuales podría dar el nombre de leyes por cuanto parecen expresar relaciones constantes. Estas leyes son cinco: Ley de sucesión genética, ley de ejercicio genético funcional, ley de adaptación (de identidad) funcional, ley de autonomía funcional, ley de individualidad. Se encuentran todas estas leyes admitidas implícita ó explícitamente por Rousseau y todo el Emilio podía ser distribuido bajo estos cinco títulos; que no tema el lector, algunas citas bastarán para demostrar la perspicacia sorprendente de Rousseau.

I.—Ley de sucesión genética: El niño se desarrolla naturalmente pasando por cierto número de etapas que se suceden en un orden constante. Esta ley general tiene un corolario: Estas etapas son las mismas que ha recorrido el espíritu de la humanidad. De esto se ha deducido un principio de aplicación práctica: La educación debe conformarse á la marcha de la evolución mental. Esta idea de un orden inmutable en el desarrollo, orden fijado por la naturaleza, es expresado de una manera muy clara por Rousseau, que vuelve á ella á cada instante, inspirando todas sus páginas. Desde el principio del Emilio opone á «la educación de los hombres» y á «la educación de las cosas» esta educación de la «naturaleza» que consiste en el desarrollo interno de «nuestras facultades y de nuestros órganos: «Observad la naturaleza, seguid la ruta que traza. La naturaleza quiere que los niños sean niños antes de ser hombres, si queremos invertir este orden produciremos frutos precoces que no tendrán ni madurez ni sabor». Este «orden de la naturaleza» interesa sobre todo á Rousseau por sus aplicaciones prácticas. Este orden es necesario respetarlo: Dejad «largo tiempo obrar la naturaleza antes de meteros á obrar en su lugar». La naturaleza tiene para fortificar el cuerpo y hacerlo crecer, medios que no deben ser contrariados. Nada hay más perjudicial que las intervenciones intempestivas; vale más no hacer nada que hacer mal, y en la duda conviene abstenerse. De aquí esta educación negativa que responde á una verdad tan profunda y que ha parecido tan paradójal al mismo Rousseau cuando enuncia que «la más grande, la más importante, la más útil de todas las reglas de educación no es «la de ganar tiempo sino la de perderlo». Por otra parte, el

educador puede intervenir para «secundar la Naturaleza»; pero es necesario que «trate á su alumno según su edad, porque cada «edad tiene sus resortes que la hacen mover». He aquí el tiempo de los estudios, ¿quién escogerá los que convienen á un momento dado? «No seré yo quien haga arbitrariamente esa elección, la «Naturaleza misma es quien la indica». Una de las grandes críticas que se puede dirigir á todos nuestros métodos, á todos nuestros programas de enseñanza es que han sido dictados por preocupaciones lógicas, no psicológicas. Se presentan en un orden lógico y de una manera conforme á la razón del adulto, disciplinas que no pueden ser asimiladas á todas las edades, Rousseau se forzaba en fundar sus reformas no sobre el razonamiento puro, como han hecho casi todos los pedagogos antes que él y muchos también después de él, sino sobre la observación. «La infancia «tiene maneras de ser, de pensar y de sentir, que le son propias, «y nada más insensato que querer sustituirlas por las nuestras; «tanto vale exigir á un niño cinco pies de alto como razonamiento «á los diez años. De todas las facultades del hombre, la razón «es, por decirlo así, como un compuesto de todas las otras y la «que se desarrolla más difícilmente y más tarde, y es á ella á «quien se pretende hacer servir para desarrollar las otras». Si la Naturaleza sigue en el desarrollo un orden invariable, ¿cuál es ese orden? Se sabe que los pedólogos modernos se preocupan mucho de determinar los estadios de la evolución. Rousseau ha tratado de confirmar á ellos el desarrollo de Emílio, trazando la ruta que conviene seguir y dividiéndola en cuatro grandes períodos: del nacimiento á los 5 años, de 5 á 12, de 12 á 15 años y de 15 á 20 años, que corresponden casi exactamente á las divisiones de hoy llamadas primera y segunda infancia, adolescencia y pubertad. De esta última etapa Rousseau ha comprendido la gran importancia vital y pedagógica, la ha caracterizado llamándola «segundo nacimiento», palabras que han tomado los pedólogos modernos porque expresa exactamente «ese momento de crisis que aunque muy corto, tiene largas influencias». La descripción que da Rousseau es admirable: «Nacemos, por así decirlo, en dos «veces; la una para existir, la otra para vivir. Como el bramido «de la mar precede á la tormenta, esta tempestuosa revolución «se anuncia por el murmullo de las pasiones nacies: una fermentación sorda advierte la proximidad del peligro. Un cambio «en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación de espíritu hacen al niño casi indisciplinable. . . . Es este el segundo «nacimiento de que he hablado; aquí el hombre nace verdaderamente á la vida y nada de lo humano le es extraño». Nos resta preguntar al terminar este párrafo, si Rousseau ha tenido la intención de una analogía, de un paralelismo, entre el desarrollo del individuo y el de la raza? En ninguna parte de sus obras se encuentra netamente expresada; pero varias veces establece comparaciones entre el estado mental del salvaje y la juventud. Volviendo á la infancia, Rousseau demuestra, contrariando las ideas recibidas, que para seguir las inspiraciones que la Naturaleza

prescribe, debe aproximarse al salvagismo. El quiere que Emilio sea un «salvaje»: en tanto que los niños educados, según la costumbre parecen «paisanos» sometidos á todo, mientras que el salvaje experimenta en todo y aprende á salir solo de sus apuros. Esto es lo que conviene á Emilio, y así el solo libro que le dará será Robinson Crosoe.

II.—Ley de ejercicio genético funcional. Esta ley comprende realmente dos, que pueden enunciarse así: 1º El ejercicio de una función es la condición de su desarrollo (esta es la ley de ejercicio funcional); 2º El ejercicio de una función es la condición de la eclosión de otras funciones ulteriores (ley de ejercicio genético). La primera de estas leyes expresa un hecho bien conocido: que el ejercicio desarrolla, lo sabe todo pillete que procura aumentar el volumen de su bicip. Esto no impide que hasta Kail Gros no se haya dado cuenta de la importancia funcional de la infancia; según su teoría famosa el juego de los animales y los hombres representa un pre-ejercicio indispensable á su desarrollo, de suerte que puede decirse de los animales que no juegan porque son jóvenes, sino que son jóvenes para poder jugar. A este respecto Rousseau se ha mostrado un precursor; su tratado de educación es enteramente funcionalista. El rol del educador debe ser poner al niño en condiciones de ejercitar sus funciones en el momento en que la hora de su aparición ha sonado en el reloj de la Naturaleza. Muy á menudo el niño se siente inclinado por sí solo y basta no hacerle imposible el ejercicio, obligándole á hacer otros ó condenándole á la inmovilidad. Otra vez se impone el sentido profundo de la educación negativa. Lo que Juan Jacobo pide para el cuerpo lo reclama también para el espíritu; quisiera que la instrucción consistiera en dejar al niño ejercitarse á sí mismo, en vez de hacerle víctima pasiva de la educación libresca. Obligado á aprender por sí mismo, hará uso de su razón y no de la de otro. De este ejercicio continuo debe resultar un vigor de espíritu semejante al que adquiere el cuerpo con el trabajo. No abusemos de las citas, todo Emilio cabría en este principio: Conviene hacer notar que Rousseau se da cuenta de la utilidad funcional del movimiento de los juegos del niño, en tanto que Spencer á pesar de su doctrina evolucionista, solo veía la expresión inútil de un exceso de energía. «Lejos de tener fuerzas superfluas, dice Rousseau, los niños tienen apenas suficientes para lo que la naturaleza les exige; es preciso entonces dejarles hacer uso de las que ella les da; 2º Ley del ejercicio genético según la cual las funciones ulteriores no pueden desenvolverse si aquellas á quienes la Naturaleza asigna un rango precedente no han tenido la ocasión de desarrollarse. La educación de los sentidos es la condición para que aparezca el juicio; «para aprender á pensar es necesario ejercitar los sentidos, nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia» y para que las funciones psíquicas puedan perfeccionarse, es preciso que el cuerpo sea previamente fortificado. La ley genética ha recibido, como se sabe, de Stanley Hall una interpretación particular. Tomando al pie de

la letra la idea de la recapitulación de la raza en el individuo; el eminente psicólogo de Clark admite que la infancia tiene por principal función purgar, por decirlo así, en el individuo los residuos ancestrales incompatibles con nuestra civilización actual. Es por eso que él aconseja dejar al niño toda la libertad de un pequeño salvaje hasta los doce años, cuanto peor haya sido, tanto mejor será cuando hombre. Sin discutir aquí esta teoría, que es también una teoría genética, nos preguntamos si Rousseau la había presentado, esta es al menos la opinión de Hall, que dice en el Prefacio de su *Adolescencia*: «Rousseau quisiera también que « se dejara en plena Naturaleza á los niños durante los años pre-« cedentes á la pubertad, que se les dejara librados á sus impul-« siones primitivas». Yo tengo la impresión de que Rousseau solo admitía esas condiciones como las más propias á suscitar el ejercicio de las facultades propias de su edad. Rousseau me parece más cerca de Groos que de Hall.

III. — Ley de adaptación funcional. Acabamos de ver que las diversas funciones se desarrollan por el ejercicio; pero este ejercicio salvo en los casos raros en que es la consecuencia única de un estímulo interior, necesita para cumplirse, de condiciones externas. Cuáles son estas condiciones de actividad? La acción se manifiesta cuando es de naturaleza tal que satisface la necesidad ó el interés del momento. Es así que se puede formular esta ley que es un corolario de la ley del interés momentáneo. He aquí la regla de aplicación práctica que se deduce en seguida: Para hacer obrar á un individuo es necesario colocarlo en las condiciones propias para hacer nacer la necesidad que la acción que se desea suscitar tiene por función satisfacer. Esta ley rige las condiciones de realización de la precedente y es la más importante del punto de vista pedagógico. Rousseau ha comprendido admirablemente que el resto de la educación consiste en colocar al niño en tales condiciones que la acción se manifieste por sí sola. «El interés presente, exclama, he aquí el gran móvil, el único «que conduce seguramente y lejos.» Antes de instruir es necesario crear una necesidad intelectual, y el niño por sí mismo tenderá á satisfacerla. Juan Jacobo levanta enérgicamente su voz contra esas absurdas lecciones de retórica, que han persistido hasta nuestros días, en las cuales se obliga á discurrir á los alumnos sobre cosas de los que ellos no tienen nada absolutamente que decir y á descubrir sentimientos que ellos no sienten: «qué extravagante proyecto, ejercerlos á hablar sin objeto de decir nada, de creer que les hacen «sentir sobre los bancos de un colegio, la energía del lenguaje de las «pasiones y toda la fuerza del arte de persuadir, sin interés de persuadir á nadie!...» Rousseau hace una distinción muy clara entre el ejercicio bruto y el ejercicio verdaderamente funcional. Este último consiste en hacer jugar la función en su contexto vital, es decir, en las condiciones en que ella es precisamente una función. Lo contrario á este método activo funcional, es el método tradicional, dogmático que prescribe lo que el niño debe aprender sin ocuparse de si lo puede aprender, si el programa establecido está de acuerdo con sus aptitudes y con su desarrollo mental. Este sistema produce el cansancio

y el desamor en el alumno y se hace necesario construirlo para hacerlo aprender, sin que aprenda cosa ninguna. Rousseau insiste que para despertar y mantener la atención del alumno es preciso recurrir á la curiosidad natural en el hombre y tomar por móvil « esta « curiosidad bien dirigida. No es la imposición lo que debe producir « la atención, es solo el placer ó el deseo. » Montaigne, Fenelon, Locke lo habían dicho ya; pero Rousseau ha desentrañado las razones profundas de estos principios fundamentales y sin embargo siempre descuidados. Y es también á la luz de los principios de educación funcional que examina Rousseau la represión y « canalización » de las pasiones; « es empresa tan vana como ridícula « querer destruirlas », es necesario dar otro alimento á los impulsos naturales de donde derivan. Ciertos métodos, los más nuevos de la Pedagogía del siglo XX (self government, colonias libres de criminales precoces) son aplicaciones de este principio de derivación.

IV. — « Ley de autonomía funcional. El niño es considerado en sí « mismo un ser imperfecto, es un ser adaptado á circunstancias que « le son propias; su actividad mental es apropiada á sus necesidades, « y su vida mental constituye una unidad. » La mayor parte de los psicólogos han creído deber comparar el psiquismo del niño con el del adulto, para caracterizarlo mejor; esta comparación ha sido desfavorable al niño y se ha llegado á creerlo un ser incompleto, al que « faltaban » ciertas facultades que convenía dárselas por métodos escolares. Esta manera de ver es inexacta y el sentimiento interior del niño corrobora la justicia de la ley enunciada; el niño no tiene la impresión de ser un ente incompleto, lleno de lagunas, falto de armonía. Un ejemplo ilustra más en este caso que una larga argumentación. Un renacuajo por no ser todavía rana, no es por esto un ser imperfecto, funcionalmente hablando. Sin duda, si se compara con lo que debe ser un día, se encontrará que le faltan pulmones, patas. Pero si se le considera del punto de vista del renacuajo, es un ser absolutamente perfecto; sus branquias son perfectamente adaptadas á su condición actual, que es vivir en el agua, y sus patas no le serían en este momento sino un estorbo, peor aún, le serían funestas porque lo invitarían á salir de su medio antes que tuviera pulmones que le permitieran la vida aérea. Esta ley es tal vez una verdad de la Palisse; tanto mejor, será más evidente; pero no ha impedido hasta ahora que en lo que se refiere al desarrollo psicológico del niño haya sido desconocida, por cuya causa grandes errores de aplicación práctica han tenido y tienen aún por víctimas millares de niños. Rousseau había llamado la atención en los términos más vibrantes, sobre esta autonomía de la vida infantil y sobre el deber de los adultos de considerarla como tal, por razones de humanidad primero: « La edad de la alegría se pasa en medio de lágrimas, de castigos, de amenazas, de esclavitud. » « Hombres sed « humanos, es vuestro primer deber: sedlo para todas las edades... » « Amad la infancia, favoreced sus juegos, sus amables instintos... » « Porqué quitar á esos inocentes el goce de un tiempo tan corto que « se les escapa... Padres, sabéis vosotros el momento en que la

«muerte espera á vuestros hijos? No os preparéis penas quitándoles « los pocos momentos que la naturaleza ya les concede; mientras pueden sentir el placer de vivir, dejadlos que gocen... haced que á cualquier hora que Dios los llame no mueran sin haber gustado la vida ». Rousseau ha visto claramente la unidad psicológica de la vida del niño: « En todas las naciones del mundo, los progresos son proporcionados á las necesidades », dice en su *Discurso sobre el Origen*. Y lo que es cierto en la evolución de los pueblos lo es también en la vida del niño. Es así como se evitará gobernar á los niños por los preceptos morales que rigen las sociedades de adultos. « La razón « del deber, que no es de su edad, no hay poder humano que la haga « sensible á sus ojos. » « En tanto que la sensibilidad del niño esté « limitada á su individuo, no puede haber nada de moral en sus acciones; es cuando empieza á extenderse fuera de él que nacen sus « sentimientos y en seguida las nociones del bien y del mal ». A cada edad el niño es un ser perfecto, biológicamente, hablando se entiende: « Cada edad, cada estadio de la vida tiene su perfección, una especie « de madurez que le es propia. Hemos oído hablar muy á menudo de « un hombre hecho; consideremos ahora lo que será un niño hecho, « más nuevo para nosotros tal vez y más agradable ». Y Rousseau que ha sabido ver el « niño en el niño », nos ha descrito ó ha tratado de describirnos un niño « que ha vivido la vida de un niño. » El resultado á que conduce esta concepción funcional de la infancia, es que el niño no es un hombre inacabado, un hombre imperfecto, ó en miniatura, sino un ser sui generis. El hombre y el niño poseen uno y otro su autonomía funcional. Esta identidad funcional que establece una relación de profunda semejanza entre el hombre y el niño á despecho de sus grandes diferencias, no ha escapado á Rousseau, que dice: « Cada edad tiene sus resortes que la hacen mover; pero « el hombre es siempre el mismo. »

V. — Ley de individualidad. Todo individuo difiere más ó menos en caracteres físicos y psicológicos de los otros individuos. Rousseau que en su ficción habrá seguido el desarrollo de un solo niño, no se hacía ilusiones sobre su ejemplo demasiado particular: « Mis « ejemplos, decía, buenos tal vez para un sujeto, serán malos para « otros mil; pero si se toma su espíritu se sabrá variarlos según las « necesidades. Cada espíritu tiene su forma propia, según la cual « necesita ser gobernado, y el éxito depende de los cuidados que se « tome para ser gobernado en esta forma y no en otra ».

Las citas que preceden nos obligan á convenir que Rousseau había llegado, como lo afirmaba al principio, á esta concepción de la infancia á que llegan en este momento los datos más recientes de la ciencia y la pedagogía contemporánea. Gracias á la intuición oscura que permite á las turbas adivinar y admirar un genio contemporáneo, aunque exprese sentimientos que su conciencia ignora todavía, el Emilio ha producido una grande impresión; desde el momento que

se publicó, ha encontrado tantos adversarios como defensores, y todavía hoy hay gentes que no encuentran nada bueno en él, porque miran al través de ojos de miope, á quien los árboles impiden ver la floresta. Como Lamarck, que ha debido esperar más de un siglo que le fuera hecha justicia, y del que puede decirse que la obra se moderniza á medida que el tiempo pasa. Rousseau será mejor comprendido por las nuevas generaciones que por las generaciones viejas. En su carta de adhesión á la Sociedad Jean Jacques Rousseau, Tolstoi escribía: «Rousseau no envejece.» Pensando en su concepción de la infancia, podemos decir: «Rousseau se rejuvenece».

EDMUNDO CLAPARÈDE,

Profesor de la Universidad de Ginebra.